

SURCOS EN LA NIEVE

Aquel invierno que por vez primera decidí calzarme unos esquís, debe andar lleno de telarañas a fuer de viejo.

En realidad el ir a aquella pista de nieve no fue idea enteramente mía. A fuerza de empujones mis amigos fueron metiéndomela en la cabeza.

Carecía de equipo para esquiar y desde luego no tenía la menor intención de adquirirlo hasta no saber si aquel deporte podría llegar a entusiasmarme en la misma medida que a mis amigos. Se me representaba aquella modalidad deportiva como un torbellino de colores que subía y bajaba una pendiente dando unos gritos que a mi entender eran tontos por demás.

Uno cualquiera de mis amigos me regaló un par de esquís enormemente largos, completamente descoloridos y los cantos como si los hubiera estado mordiendo un oso. Creo que por ser fuera de serie los tenía arrinconados en el desván de la venta donde parábamos.

No tenía bastones ni hubo manera de poder encontrar quién me los proporcionara. Por eso no tuve más remedio que echar mano de algo que pudiera hacer las funciones de ellos. La solución la hallé en un fardo de esos palos con punta que emplean los hortelanos para que los tallos de las alubias se entretengan subiendo a rosca por ellos. Elegí un par. Tan concienzudamente como un caballero medieval hubiera seleccionado una espada de brillante acero toledano.

Satisfecho por la prontitud de mi elección, me encaminé con aquellos armatostes al hombro, hacia la pista.

Allí recibí el primer mazazo de complejidad.

Con mi boina calada hasta las orejas, una bufanda apretándome la nuez, un jersey casi negro que antes —mucho tiempo antes— había sido de un azul primaveral, un pantalón «mil rayas», que a juzgar por el frío tan espantoso que padecía en las piernas, debía entrar aquel maldito a presión por cada una de aquellas rayas. Que mil fríos eran. Como remate calzaba las botas de montaña. Aquellas botas de antaño que erizadas de «tricounis», nos hacían pasar gruesos sinsabores cuando a las nubes les daba por llorar sobre las rocas.

Con semejante atuendo, ¿qué pintaba yo allí, en aquella inmaculada pista, ante aquellas gentes con jerseys que hacían daño a la vista de puro chillones, y aquellos pantalones ajustados a unas botas impecables, pañuelitos vistosos al cuello y, sobre todo, con aquellos gorritos rematados con un orgulloso «pom-pom» en la cabeza?

No; no era posible. Lo prudente, lo sensato, lo discreto para mí era escabullirme de allí lo antes posible. Como quien mira y no mira, silbando entre dientes, me fui alejando de mis compañeros. Me iría a aquella loma, suave, brillante y solitaria y detrás de ella, oculto a la mirada del mundo haría lo que me apeteciera.

Mas no. Mis amigos me vieron, me gritaron, me cogieron y me llevaron arriba de la pista. Inútiles eran mis protestas e inservibles los para mí sensatos razonamientos que les exponía.

—¿Qué te crees? Así empezamos los demás...

—¡Y un cuerno! ¡Vosotros empezasteis por de pronto recibiendo lecciones de un profesor suizo en Candanchú! Si lo sabré...

Si os fijáis en cuantas excursiones realicéis en grupo, observaréis que no faltará uno sobre todos que llevará la voz cantante. Ese es el jefe. Nadie lo ha hecho ni nadie le ha dado atribuciones para serlo; sin embargo, aunque inconscientemente se erige en jefazo y todo el mundo le obedece.

Eso me pasó a mí con respecto al que llevaba la voz cantante en aquella excursión.

—¿Has traído lacas?

Como pusiera cara de compungido me dio unas palmaditas amistosas y siguió:

—Las lacas son bases líquidas que se emplean en los esquís. Tienes diferentes clases de ceras, tales como la «Mix», «Medium», etc., etc., que se dan sobre la laca según el estado de la nieve.

Soltada esta parrafada, manos amigas me colocaron las ataduras y me enfocaron en la cuesta.

¡Rias! Al suelo. Por lo visto clavé los palos con tanto nervio que me fue imposible en el momento sacarlos de allí. Mis brazos crujieron escandalizados al caer hacia atrás. Al levantarme, sin más ni más, sin pretenderlo lo más mínimo, comencé a deslizarme por la para mí terrorífica rampa. Yo no sabía cómo se paraban los dichosos leños y por ignorar tan elemental detalle surgió la tragedia disfrazada de corpulenta haya. El tortazo fue de horror. Aquel mastodonte de árbol parecía que tenía imán. Estaba completamente aparte de la pista y sin embargo me fui como un rayo hacia él.

—Ahora que te ha ocurrido esto —me dijo el jefazo—, comprenderás lo esencialísimo que es el saber hacer la «christianía».

—Y eso, ¿qué es? —pregunté amoscado.

—Pues mira: bajas en línea recta, con los pies juntos y haces el siguiente juego; juego de cintura que se llama. Adelantas el brazo del lado hacia donde vayas a girar mientras retrasas el contrario; después, imprimes un giro de rotación que lleva a los brazos a ocupar posición inversa a la que tenían, jugando al mismo tiempo la cintura, y la vuelta queda hecha.

—La vuelta de qué, ¿de campana o la otra?

No quiero entrar en detalles para describiros lo que me fue ocurriendo en veces sucesivas. Diré tan sólo que en una de ellas tardaron media hora larga en desenterrarme de la nieve.

—¡Ahora vamos a hacer el «gusano»! —barbotó el jefazo con grandes risotadas.

Comprendí que para mí era obvio el ir con ellos ya que estaba haciendo el bicho ese toda la mañana. No obstante y ya «de perdidos al río», me agregué al grupo.

Pero se me presentó un terrible dilema. Pensé que si me ponía de los primeros a la hora del sopapo caería el resto de la comitiva sobre mis ya bastante desquiciadas costillas; y si me colocaba en el centro corría el riesgo de salir apaisado. Así es que decidí hacer de farol rojo.

—¡Eh! ¡Tú ahí no! Tú aquí, en el centro. Así entre unos y otros te sostendrán. Es más seguro.

—Es más seguro —murmuré furioso—. Más seguro... Ya sé por qué lo dice, ya...

¿Para qué seguir? Cuando recobré el conocimiento el sol iba dejando unas franjas de fuego apegadas detrás de una cadena de montañas sin fin. La ventisca continuaba jugando a hacer y deshacer remolinos transparentes allá arriba. El día se derretía lentamente. A una conmigo...

EDUARDO MAULEON,
Del C. D. Navarra